

## PRÓLOGO

La obra de Fernando Tornero tiene la frescura de un poeta joven y la fuerza del 27, quizás por derivación de la lectura, y esa combinación junto con la personalidad de su verso, nos hace conversar con palabras mayores.

En este poemario, su segunda publicación, conoceremos su capacidad de llevar al lector, de la reflexión profunda a un punto de inflexión, para volver de ese entendimiento a empezar de nuevo desde el aprendizaje. [... Él juega con el viento, charla con el celaje, y se embriaga cantando camino de la cruz... Charles Baudelaire].

Aquí demuestra que no se puede, o no se debe, encastrarlo como poeta de versos de amor, donde, a mi forma de ver, imprime una verdad de indiscutible belleza, porque, seamos claros, este no es un poemario de amor, va de un hombre ante él.

Fernando es un poeta vocacional que se descubre en cada verso constantemente, y crece como la palabra cada día, así su obra refleja ansiedad, incertidumbre de ir buscando el porqué, cómo, por cuánto tiempo, si cabe, obvio, un tiempo por finalizar. [... Se detuvo delante del verso: «¡ah, qué amplitud!». Y se instaló completa la palabra... F. Tornero]

Poemas de escasos versos, como su título sugiere, límpidos y rectos a sus disciplinas, templados pero, como una lengua que, punzante, hace temblar el pensamiento que levita y cae de repente, tira la piedra y te abandona a tu suerte para hacerte pasar lo que a él al escribirlos, un choque entre lo que es, sin tener por qué ser, y lo que será de su añoranza; en este punto todo es posible [... si digo que en revuelo, un cielo serpentea en rojo fuego, es porque miro el cielo y se me antoja rojo, por eso me quema L. Gómez].

Juega con una sintaxis de libre albedrío otorgándole importancia a la palabra que usará -se palpa esa figura paternal que tiene todo poeta con sus hijos-.

[... escribo... porque evito cualquier otra tragedia... F. Tornero] tan simple y alto como sentarse a investigar la manera de no ser un espectador insondable del tiempo, dejado por la mano de la vida, acechante desde la sombra, actor de la primera soledad para alzarse hijo del oficio, triunfante de una doma efímera.

Pese a ser un poeta joven, como ya comenté al principio, la calidad este hacedor valenciano viene determinada por un sosegado, a veces reservado ímpetu, dirigiendo con calidad metáforas que dejan un patrimonio legiblemente aceptable y profundo, una libertad bajo palabra [... esos papeles blancos son gaviotas, son pájaros la hojas y pájaros tus dedos... Octavio Paz].

No se desanime el lector si siente contrariedad en un poema que le golpee de lleno la vivencia, mansa pero en-

tusiasta advertencia de su bien hacer, aunque, casi por exigencias del gui3n –como un preso que se enamora de sus hierros a base de golpes y costumbre- acaba, irascible, d3ndole la mano al amor que tan celosamente lo envuelve.

L. G3mez



*¿Comprendes ya que un poema  
cabe en un verso?*

(G. A. Bécquer)